

## IV.

## ALGO MAS ACERCA DEL CONVENTO.

Si de la iglesia pasamos al cementerio, nos hallamos agradablemente sorprendidos á la vista de dos fresnos eminentes, insignes, en especial uno de ellos, digno rival del *árbol bendito* de Tacubaya. Contemporáneos del convento, mientras este va caducando, si se permite decirlo, crecen ellos lozanos y magestuosos, convidando al paseante á gustar fresca y solaz bajo su copa.

La sombra de estos gigantes del reino vegetal se derrama por casi todo aquel sitio poco frecuentado, comunicándole un aspecto severo y triste que sienta bien á la mansion de los finados. Así es que no causa estrañeza ver al pie de la cerca que separa del bullicio aquel recinto sùnebre, dos tumbas sencillas y aisladas, una de las cuales encierra juntamente los restos de un padre y de su hija, habiendo muerto el primero en 14 de Junio, y la segunda en 12 de Agosto de 1837. Ignoramos el nombre de la hija; mas no el del padre, que ocupa un lugar distinguido en nuestros fastos: este sugeto fue D. Rafael Mangino, uno de nuestros hombres públicos mas notables por su honradez, talento é instruccion en materias de hacienda.

La otra tumba ofrece la particularidad de estar aprisionada bajo una poderosa reja á manera de jaula. Carece de epitafio, y hasta ahora no hemos podido averiguar cuyas son las cenizas que encierra. Las inscripciones sepulcrales debian quedar reservadas para los muertos ilustres, y señaladamente para aquellos que en vida ejercitaron altas virtudes ó sobresalieron por heróicos hechos, cuya memoria interesa á la humanidad que se conserve como una leccion digna de ser imitada. Aun en este caso fuera de desearse que no se diese cabida á esas pomposas relaciones sugeridas por la vanidad de los vivos, y que no hacen mas que infundir sospechas respecto de los elogios que en ellas se prodigan: la memoria de un grande hombre



EXTERIOR DEL CONVENTO DE S. COSME.

Litog. de Iriarte y C.

vive en la historia como en su propio dominio; y en la tumba que guarda las reliquias de un finado verdaderamente ilustre, basta grabar su nombre. Por lo que mira á la existencia cuyas modestas virtudes solo brillaron en el recinto del hogar doméstico, descubrirla á los ojos del vulgo es esponerla á la profanacion: el corazon de los que la aman la guardará como un perfume, y si la echa en el olvido, ¿para qué es el epitafio inscrito en la losa de su tumba?

Dejemos el cementerio.

El convento, aunque espacioso, es un modelo de mal gusto en punto á construccion, y no parece sino que el arquitecto se propuso hacer alarde de que sabia reproducir perfectamente en sus obras la infancia del arte. Con todo, la vista de los comidos muros del edificio escita recuerdos agradables. En él se albergaron los religiosos que vertieron despues su sangre en el Japon en defensa de la fe; y entre ellos San Felipe de Jesus; floreció en él Fr. Pedro Bautista, buen religioso, célebre predicador, á quien Vetancúrt llamó santo; y en él vive en honrosa pobreza, consagrado á las tareas de su santo ministerio, el último de los recoletos cosmistas, Fr. Ignacio, sugeto muy justamente querido de los vecinos de la Ribera y de todas las personas que le tratan, pues en él hallan un amigo que para hacer bien no atiende á clases ni á opiniones políticas: carácter propio del ministro evangélico.

Finalmente, tanto cuanto la iglesia es hermosa por su parte interior, así es mezquino y adusto su aspecto por de fuera, mayormente si se compara con las casas de las bellas colonias de *los arquitectos* y de *Santa Maria*, en medio de las cuales representa el papel de un ídolo azteca colocado entre estatuas esculpidas por Fidias y Cora.

